

GABRIEL MORÓN, UN SOCIALISTA CRÍTICO ANTE LA COLABORACIÓN CON LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA

Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz

Universidad de Almería, Spain. E-mail: rquirosa@ual.es

Recibido: 5 Septiembre 2010 / Revisado: 30 Septiembre 2010 / Aceptado: 3 Octubre 2010 / Publicación Online: 15 Octubre 2010

Resumen: Este artículo estudia las posiciones críticas mantenidas por Gabriel Morón en el seno del PSOE en los últimos años de la Dictadura de Primo de Rivera. Así, tras presentar al líder obrero cordobés, se analiza su participación en el XII Congreso, celebrado en el verano de 1928, y, sobre todo, el contenido de su libro *El Partido Socialista ante la realidad política de España*, publicado un año después. Como se puede comprobar en estas actividades, Morón fue uno de los dirigentes que más se destacó por su oposición a la línea de colaboración que la dirección del partido mantenía respecto al régimen dictatorial.

Palabras clave: socialismo español, Dictadura de Primo de Rivera, Gabriel Morón, historia política.

La ausencia de hostilidad que los dirigentes socialistas mostraron ante el régimen dictatorial presidido por el general Primo de Rivera tras el golpe de 1923, calificada por muchos como de auténtica colaboración, ha sido ya estudiada en diversas publicaciones dedicadas a esta etapa de la historia española, en general, o, más concretamente, a la evolución del socialismo¹. Aunque, la actitud no fue unánime y desde el principio se alzaron voces en el partido contrarias a esa posición, destacados líderes de las ejecutivas nacionales de la UGT y el PSOE defendieron hasta fechas muy próximas a la dimisión del militar jerezano la conveniencia de no enfrentarse abiertamente y de mantener la participación en las instituciones. Figuras emblemáticas del socialismo hispano como

Francisco Largo Caballero, Julián Besteiro o Andrés Saborit eran algunas muestras más que significativas en la defensa de una táctica que perseguía, ante todo, la consolidación de las sociedades obreras propias en el panorama social del momento. Sin embargo, otros dirigentes, entonces representantes de posiciones minoritarias, como Indalecio Prieto, Teodomiro Menéndez o Gabriel Morón, fueron incrementando sus posiciones críticas respecto a los responsables del Partido Socialista. Por el relativo desconocimiento existente sobre la figura de Morón, así como por su decidida actitud contra la línea seguida por la jerarquía de la organización, hemos considerado oportuno recuperar sus reflexiones y actitudes ante el problema planteado, todo ello en el marco de un trabajo más amplio que estamos culminando sobre su trayectoria política y personal².

Pero, ¿quién era este dirigente socialista? Gabriel Morón Díaz había nacido en Puente Genil (Córdoba) el 21 de diciembre de 1896, en el ámbito de una familia con dificultades económicas. Hijo de Pedro Morón y Francisca Díaz, y con una hermana menor, la situación se agravó con la prematura desaparición de su padre. Así, a los doce años tuvo que dejar la escuela para trabajar en la campiña y, desde muy joven, Morón adquirió conciencia de las difíciles condiciones de vida de los trabajadores, especialmente los del campo. Por ello, pronto se vinculó a la Sociedad Agrícola "La Vegetación", adherida a la Unión General de Trabajadores, y, pese a su edad, fue uno de los fundadores de la Agrupación Socialista de Puente Genil en agosto de 1913. Con estas organizaciones, y con la Juventud de su partido, Gabriel Morón

contribuyó a la difusión del socialismo en su municipio y en otros de la provincia cordobesa. También conocemos sus inquietudes y deseos por adquirir una mayor formación cultural, lo que le llevó a la lectura y al autoaprendizaje. Así, en los momentos de descanso en el trabajo, Morón leía en voz alta a sus compañeros la prensa societaria y les explicaba las doctrinas de redención social. En este sentido, sabemos que era un activo defensor de que la juventud se instruyese para que pudiese “obrar con absoluta conciencia de sus actos”, tal y como pudo afirmar en un mitin protagonizado con Pablo Iglesias en 1915. De hecho, Morón llegó a dirigir durante dos años una escuela establecida en los locales del Centro Obrero de Puente Genil y destinada a los hijos de los campesinos.

La conflictividad social de aquellos años, incrementada a partir de 1917, y su creciente protagonismo en el movimiento obrero cordobés, hicieron que Gabriel Morón se convirtiera en un obstáculo para los intereses de los propietarios y de las clases dirigentes del régimen monárquico, inserto ya en una progresiva crisis que provocaría su desaparición. Por ello, fue detenido en varias ocasiones y sufrió, según la explicación publicada en uno de sus libros, una “emboscada” que desembocó en una pelea con un guardia municipal de Puente Genil. Por este hecho fue condenado a una pena de cuatro años, cuatro meses y dos días, y estuvo encarcelado en el Alcázar de Córdoba, convertida en prisión provisional, hasta su indulto por el Rey en febrero de 1922.

Además de participar en distintos congresos de la UGT y el PSOE, en 1918 y 1920 respectivamente, Morón se convirtió en un asiduo colaborador de la prensa, sobre todo la publicada por el movimiento obrero, y también se dedicó a la literatura, con pequeñas obras de teatro y algunas novelas cortas. De hecho, en la década de los 20, Morón ya aparece en la documentación como escritor y periodista.

Y también fueron los años de su ingreso en la Masonería. Así, sabemos que se inició en la Logia Turdetania número 15 de Córdoba en noviembre de 1924 y que pasó a la Logia 18 de Brumario nº 25 de Puente Genil, donde lo tenemos ubicado en abril del año siguiente con el grado 3º. Morón adoptó el nombre simbólico de Engels y representó a la logia de su pueblo en las asambleas anuales de la Gran Logia Regional del Mediodía de España celebradas en noviembre de 1925 y octubre de 1926. La

importancia de Morón en los círculos masónicos aumentó y ya representó a la Logia Regional en la Asamblea Nacional reunida en Gijón en junio de 1928.

1. XII CONGRESO DEL PSOE

Precisamente, al llegar el verano de 1928, la atención de los socialistas de toda España estaba ya centrada en el XII Congreso del PSOE, que se celebraría en Madrid en los últimos días de junio y primeros de julio de ese año³. La Agrupación de Puente Genil, con 25 afiliados en ese momento, designó como delegados a sus dirigentes Gabriel Morón y Miguel Galán. Morón, que además tenía la representación de los diez militantes socialistas del municipio sevillano de Puebla de Cazalla, formó parte de las comisiones de ‘Problemas de táctica’ y ‘Reforma de estatutos’⁴. Desde el principio, en la propia sesión constitutiva del congreso, se pudo advertir el ambiente de enfrentamiento existente entre la dirección oficial del partido y un sector que tuvo en Indalecio Prieto, Teodomiro Menéndez y Gabriel Morón sus representantes más destacados⁵. El problema de fondo era la posición que el partido debía adoptar ante el régimen dictatorial y sobre la presencia de socialistas en puestos oficiales designados por el Gobierno. Estas diferencias continuaron, agudizándose, en el debate sobre “la conducta y gestión de la Comisión Ejecutiva”, iniciado en la segunda sesión, en la mañana del día 30 de junio, con la presidencia de Enrique Botana y la actuación de Gabriel Morón y Emeterio Rodríguez como secretarios. La situación se hizo más tensa cuando Pascual Tomás, delegado valenciano, denunció que se había filtrado a la prensa algunos detalles de las discusiones planteadas en la ponencia ‘Problemas de táctica’, tal y como había publicado el diario *El Sol*⁶.

En el debate de la segunda sesión destacaron las intervenciones de Teodomiro Menéndez, Andrés Saborit y Manuel Llaneza. El primero expuso que consideraba la orientación que el partido estaba siguiendo como “equivocada y lesiva para los intereses de la clase trabajadora”, y propuso una “rectificación de conducta”, la retirada de los concejales de los ayuntamientos y de la representación obrera del Consejo de Estado, y que “el Partido Socialista entre en un período de actividad democrática y liberal y se ofrezca al país como el único elemento salvador”. El crítico dirigente asturiano pedía que el PSOE mantuviera íntegramente su

personalidad, “no aceptando alianza sino con aquellas organizaciones solventes y que ofrezcan garantías para hacer un movimiento necesario que restablezca la democracia y la libertad en España, y con ella la justicia también, devolviendo a la clase trabajadora unas condiciones de vida de que está muy necesitada”. La réplica la inició Andrés Saborit, que negó el colaboracionismo con la dictadura y acusó a Menéndez de favorecer las campañas lanzadas por los adversarios del partido. Saborit comparaba la actitud de las organizaciones obreras socialistas ante el Directorio con la mantenida respecto al viejo régimen que fundara Cánovas del Castillo, afirmando que a los cargos, entonces como ahora, “se iba, no a colaborar, sino a luchar”. En la misma línea, Manuel Llaneza centró su intervención en responder a Teodomiro Menéndez, recordándole que los dos representaban a la Federación Asturiana y que allí se había votado a favor de la gestión realizada por la dirección del partido⁷. También aprovechó su turno para defenderse de las acusaciones manifestadas por Menéndez contra sus actividades sindicales, y le reprochó no haber hecho “absolutamente nada a favor de la clase trabajadora” durante los cinco años que llevaba la dictadura.

En la tercera sesión del Congreso, y todavía en el marco del debate sobre la gestión de la Comisión Ejecutiva, hicieron uso de la palabra Sánchez Rivera, Largo Caballero, Pla y Armengol, Pascual Tomás, Gabriel Morón, Ángel Martínez, Antonio Cañizares y Julián Besteiro. Por el objeto central de este artículo, nos interesará prestar especial atención a lo planteado por Gabriel Morón. El dirigente cordobés inició sus palabras manifestando que había que volver a los motivos del debate, puesto que no se trataba de afirmar si convenía o no la permanencia en determinado puesto político, sino que había que “aprobar o desaprobar la conducta del Comité Nacional”. Morón también planteó que la idea de que los socialistas estaban colaborando con el régimen de Primo de Rivera, achacada a los sectores liberales del país, tenía “un viso de realidad popular”; y, además, consideraba posible que hubiera sido la propia dictadura la que hubiera “cultivado ese equívoco”. En ese sentido, Gabriel Morón narraba un episodio que preferimos reproducir conforme quedó reflejado en las actas del congreso:

“El año pasado, sin ir más lejos, hablando con un gobernador, tuve que discutir con él,

porque el hombre, con una gran seriedad y dando crédito a esto que aquí hoy sostenemos, me decía: ‘Es usted muy rebelde; usted es un socialista que está muy lejos de Caballero y de Saborit’⁸ [...] ‘Hombre, usted es un socialista un poco raro’. Y yo tenía el deber de justicia de decirle que estaba equivocado. ‘Ni el compañero Caballero colabora con el Gobierno, ni hay ningún socialista que colabore con él. Nosotros, los socialistas, la que hacemos es una labor crítica, una labor de propaganda, una labor de defensa de los intereses de la clase trabajadora, que son los que, por razón de nuestro programa e ideología, nos están encomendados; pero de eso a que usted quiera criticar que hay una inteligencia entre estos elementos directivos de la organización obrera española y el Gobierno, hay una diferencia enorme, no se puede admitir’”.

Gabriel Morón defendió, frente a la posición de Teodomiro Menéndez, que “el Comité Nacional ni debía ni podía hacer más de lo que ha hecho”, porque no estaba autorizado para un cambio de táctica política y retirarse de los organismos oficiales. Morón entendía que para ello hubiera sido necesario la convocatoria de un congreso, pero eso no era autorizado, añadiendo que coincidía con los compañeros que habían intervenido a favor de las posiciones de los dirigentes, en el sentido de considerar que en España las “circunstancias son las mismas que hace veinticinco, treinta o cincuenta años”. Para el presidente de la Agrupación Socialista de Puente Genil, “si hoy no tenemos libertad para expresar nuestro pensamiento, lo mismo estábamos antes, y si ahora no tenemos garantías ciudadanas, tampoco las teníamos con el antiguo régimen”. Por ello, no había nada que aconsejara un cambio de táctica en cuanto a diferenciación de procedimientos de gobierno⁹. Morón terminó manifestando su intención de votar a favor de la conducta del Comité Nacional, en representación de las agrupaciones de Puente Genil y Puebla de Cazalla, cumpliendo así con su deber. Y añadió que “y si ahora, que aparece en la gravedad del momento actual la posible coyuntura histórica, creemos que debemos de cambiar de táctica, yo debo decir a los compañeros que critican la conducta del Comité Nacional que tampoco nos conviene ahondar demasiado en los hechos pasados”¹⁰.

En una cuarta sesión culminó el debate sobre la labor de la Comisión Ejecutiva, con

intervenciones de Teodomiro Menéndez y de Indalecio Prieto en defensa de la posición anticolaboracionista, y la consiguiente respuesta por parte de Andrés Saborit y Julián Besteiro. Las votaciones fueron muy claras y apoyaron la gestión de la Comisión Ejecutiva y el Comité Nacional los delegados que representaban a 5.388 afiliados, entre ellos Gabriel Morón, tal y como había anunciado. Votaron en contra los delegados enviados por las agrupaciones de Casasola de Arión (Valladolid), Reus (Tarragona), Valladolid y la Federación Vasco-Navarra, que sumaban 740 militantes.

Otro momento del XII Congreso del Partido Socialista en el que encontramos la participación activa de Gabriel Morón fue cuando se debatieron los problemas de táctica. Así, sabemos que la Agrupación de Puente Genil propuso la siguiente moción en el apartado de alianzas:

“Que el Congreso acuerde la manera más práctica y rápida de buscar una inteligencia estrecha con todos los elementos de izquierda en España, ya representados en la personalidad aislada de hombres solventes, o bien estructurados en la forma seria de grupos o partidos, con el fin inmediato de llegar a una extensa acción de conjunto que levante el espíritu liberal del pueblo frente a la avalancha nefasta de la reacción”.

No obstante, esta moción fue rechazada, junto a otras, por la ponencia presentada. Era una realidad que Gabriel Morón se había posicionado claramente en el sector crítico en el desarrollo del congreso. Por ello, fue uno de los firmantes de la siguiente propuesta planteada acerca de la representación corporativa en los ayuntamientos:

“Que por razones, tanto de principios y doctrina socialistas como de eficacia y oportunidad políticas, el Congreso debe acordar que los afiliados al Partido no pueden aceptar representaciones en organismos de carácter político. Casa del Pueblo de Madrid, 2 de julio de 1928. J. Ruiz del Toro, Luis Arráez, Romualdo R. de Vera, Gabriel Morón, Teodomiro Menéndez y Bernardo Aladrén”.

En la misma línea, Morón apoyó el voto particular que pedía la extensión al Consejo de Estado de la propuesta para los concejales corporativos¹¹.

Incluso, tuvo una polémica intervención en la sesión, después de que Largo Caballero defendiera mantener los puestos oficiales y argumentara, entre otras cosas, que si se adoptase el acuerdo de la retirada, “se habría sancionado toda esa campaña que se ha realizado contra nosotros; y la sancionaríamos sin ningún beneficio y sin ninguna razón, y yo creo que esto también debe pesar en el Congreso para tomar el acuerdo que crea conveniente”¹². Gabriel Morón inició su planteamiento intentando justificar la congruencia de haber defendido una posición favorable a la conducta del Comité Nacional a favor del desempeño de los cargos públicos y, en el momento de debatir una táctica para el futuro, pedir la retirada de dichos puestos¹³. Para Morón, la dirección no podía haber hecho otra cosa, ateniéndose a los acuerdos adoptados en anteriores congresos, pero ahora había que “marcar un nuevo derrotero al Partido”. Aprovechó su intervención también para contestar a Largo Caballero, en el sentido de advertirle que él había defendido en Andalucía “con todo entusiasmo la conducta del Comité Nacional, y muy especialmente la del compañero Largo Caballero”, impartiendo conferencias para contribuir a desvanecer “toda aquella atmósfera que se estaba creando, perjudicando al Partido Socialista a cuenta de la conducta del compañero Caballero como consejero de Estado”. Según Morón, ese ambiente no lo habían hecho los correligionarios, sino que provenía de la mala intención “quizá, de determinados elementos de izquierda; pero muy principalmente de la suspicacia, de la desconfianza a que el pueblo español está acostumbrado”.

Más adelante, el líder obrero pontanés aclaró que ninguno de los que apoyaban la salida de los organismos oficiales tenía duda en cuanto a la moralidad y el cumplimiento de los preceptos mantenidos por los que habían ejercido esos cargos. Y, al plantear que el cumplimiento del deber no era lo más importante del debate, Largo Caballero le interrumpió recriminándole que le extrañaba mucho que un socialista dijera eso. Morón le replicó que lo que pretendía era centrarse en la eficacia de esa actuación y ponía de ejemplo la posibilidad de haber intervenido en la Asamblea Nacional, donde también se podían haber conseguido muchas cosas, preguntándose que “si se hubiera nombrado de la misma manera, ¿lo habríamos aceptado?”. Saborit, según reflejan las actas del congreso, no dudó en responderle: “A mí no me avergüenza decir que yo sí; y también hubieran venido a

pedir, como la organización de Puente Genil, que vayamos al Ministerio...”. En la parte final de su intervención, Gabriel Morón quiso centrarse en una cuestión, “que pudiéramos llamar de ética política y de posición clara”, y fue interrumpido de nuevo por Largo Caballero al comentar: “Espero que el compañero nos dé la lección de ética política”. Pero Morón continuó, resaltando que hablaba en términos generales, sin referirse a ningún partido concreto, y haciendo el siguiente planteamiento:

“En la situación especial por que atravesamos, cuando la gente tiene su atención en nuestro Congreso, cuando espera de nosotros, quizá, un gesto -que no seríamos nosotros muy hábiles adoptándolo de una manera exagerada-, ¿no os parece a vosotros que ha llegado el momento de medir bien los beneficios materiales que se pueden obtener de determinadas intervenciones, de determinados desempeños de cargos oficiales; que no vale la pena sacrificar esas pequeñas ventajas materiales en honor de esa ética política a que yo me refería? ¿Es que para nosotros lo más esencial es la conveniencia de la organización, con serlo mucho, y no será momento de sacrificarnos en honor de esa ética política, que es, precisamente, uno de los timbres más gloriosos que tiene nuestro Partido?”

Tras insistir en la gran influencia moral que el PSOE tenía, más que material, Morón terminó planteando que no aspiraba a que triunfara su criterio, pero sí quería que el Partido adoptase “una postura que corresponda a la confianza que los elementos de izquierda depositan en él”.

Algunas de las intervenciones siguientes¹⁴ hicieron referencia a la de Gabriel Morón, ya fuera para apoyarse en ella –como la de Mora Requejo, en cuanto a la ética del Partido- o para censurarla, tal y como no dudaron en hacer Aníbal Sánchez o Antonio Cañizares. Este último llegó a afirmar que “el compañero Morón desconoce por completo lo que es la ética política, porque este mismo compañero dice, para poder argumentar en favor de su criterio, que no es lo más importante el cumplimiento del deber en los cargos que ostentamos, que eso no tiene mérito y que no se debe tener en cuenta”. Cañizares fue más allá en las críticas a Morón, manifestando que “yo no sé por qué, lo veo fuera de quicio en todas estas argumentaciones”. Pero, como el mismo Cañizares comentara en su

intervención, Gabriel Morón ya no estaba en la Casa del Pueblo madrileña, sede del congreso. Y es posible que ya no volviera, puesto que a la hora de votar la continuidad de Largo Caballero en el Consejo de Estado o de los concejales en sus puestos corporativos, no aparece en la Memoria ninguna referencia a las agrupaciones de Puente Genil o Puebla de Cazalla. La mayoría se impuso por una cifra próxima al 90 por ciento en ambas votaciones, en el sentido de apoyar la presencia en la institución consultiva y en los ayuntamientos¹⁵.

2. UN LIBRO CRÍTICO

Un año después, en el verano de 1929, Gabriel Morón publicó un libro titulado *El Partido Socialista ante la realidad política de España*. La obra fue prologada por el dirigente republicano Álvaro de Albornoz y formaba parte de la colección “Panorama” que la Editorial Cenit imprimía en Madrid¹⁶. Morón, a lo largo de poco más de 200 páginas, estructuraba su libro en tres partes, un capítulo de conclusiones, dos apéndices y un epílogo.

Ya en el prólogo, Álvaro de Albornoz, que se refiere a Morón como “el joven propagandista andaluz”, proclamaba la coincidencia de los dos “en el modo de apreciar el deber de la democracia española en esta hora de crisis, final de un proceso histórico y comienzo de una nueva era”¹⁷. Y aprovechaba la ocasión para hacer una defensa de la República como mejor opción para el futuro, tanto como forma de Gobierno como representación de la justicia social¹⁸. Albornoz apuntaba en su texto los que consideraba como “grandes problemas españoles”, planteando las soluciones que debía aportar la República: la distribución de la tierra, la supresión del Ejército existente, las relaciones con la Iglesia, la revisión de la Justicia, la construcción de un nuevo modelo educativo, una política fiscal “justiciera” y una nueva organización del ámbito laboral. Y todo ello en el marco de un nuevo Estado, “cuya base democrática se ensanche mediante instituciones como el referéndum, la iniciativa y la revocación al mismo tiempo que sus órganos ejecutivos, desembarazados de viejas trabas, adquieran una rápida eficacia”¹⁹.

Pero el prologuista, además de fijar muchas de las líneas de actuación que se intentarían llevar a la práctica tras la proclamación de la II República, se planteaba cuál debía ser la actitud de los partidos obreros, especialmente la del

Partido Socialista. Y, ante los supuestos avances del proletariado en la etapa de la dictadura, recordaba la situación de anarquistas y comunistas, “que se pudren en las cárceles o arrastran vida miserable de destierro”. Para Albornoz, el PSOE era, además de una organización obrera, un partido político que también representaba ideas, y se preguntaba “¿Puede un partido político prescindir de las garantías ciudadanas, de la tribuna y de la Prensa libres, del derecho de reunión?”. Por ello, concluía que “Socialistas y republicanos de la izquierda hemos de recorrer en ‘entente cordiale’, si no el mismo camino, caminos paralelos; hemos de ser los aliados de la gran lucha civil que se está fraguando”²⁰.

Morón dedicó la primera parte de su obra a reflexionar, a lo largo de nueve capítulos, acerca de los antecedentes que habían propiciado la situación en la que se encontraba el Partido Socialista. Pero, en primer lugar, quería explicar su posición de independencia, al tiempo que se quejaba de la falta de arraigo en España de un impulso liberal que permitiera la discrepancia y la discusión, sin que necesariamente se tuviera que llegar al enfrentamiento. En el caso de los partidos políticos, esa intolerancia impedía poder cuestionar lo establecido por los jefes que consagraban el dogma. Y, por ello, le preocupaba a Morón las repercusiones de su obra, aunque sentía un deber de conciencia de exponer sus ideas, no temiendo tampoco al ridículo. Expresamente, el autor confesaba su objetivo de “remover las aguas quietas –tan quietas que amenazan corromperse– de un sector sumamente importante a la vitalidad política del país; sector en que nos hemos formado y al que queremos dar, en estas difíciles circunstancias, toda la energía y todo el sacrificio que se nos debe exigir. Y en este propósito alguien sabrá comprendernos y estimularnos”²¹.

Tras las explicaciones iniciales, el líder obrero pontanés recorrió la evolución de la historia española, destacando su distancia y retraso respecto a los grandes avances que se habían vivido en Europa. En este sentido, Morón entendía que la burguesía española había renunciado a llevar a cabo las revoluciones protagonizadas en el resto del continente, “aferrándose a las fórmulas anquilosadas de todos los tradicionalismos, así políticos como económicos”, y quedando aislados quienes importaron determinadas ideas de progreso colectivo y de superación individual. El papel desempeñado por la intelectualidad no ofrecía

una mejor imagen, acusando el autor de servilismo a sus representantes, salvo raras y honrosas excepciones.

Aunque con estas dificultades de origen, Morón reconocía que algo del progreso terminó llegando a nuestro país, y con él, las ideas más avanzadas que prendieron en las clases más humildes. Con los periódicos y las campañas de un grupo de hombres llegados del extranjero, el socialismo empezó conocerse en España. Pero fueron trabajadores manuales los primeros apóstoles de esas ideas y no los intelectuales, salvo el caso aislado de Jaime Vera. Por ello, Morón no dudaba en afirmar que así había nacido “un Partido Socialista, en la condensación prodigiosa de voluntad que nada debe ni al escarceo esencialmente universitario ni a la influencia del acontecimiento”²².

A continuación, Gabriel Morón exponía, ante la realidad del momento en el que vivía, su opinión de que en España no había habido “fracaso del liberalismo, como no hubo excesos de acción por parte de algo íntimamente ligado al estímulo renovador, por la sencilla razón de que ni se habían producido en contornos propios perfectamente dibujados los símbolos constructivos de las ideaciones liberales, ni el espíritu de masa experimentó aquellos síntomas que corresponden a la solvencia de potestad civil”. Por ello, consideraba que la dictadura de Primo de Rivera no había tenido que “reprimir inquietudes demasiado hondas ni que ahogar impulsos de rebeldía en ansias vivas de aire libre”. Para Morón, todo continuaba como hacía muchos años:

“las fuerzas políticas y sociales del país, fieles a la tradición rígida del concepto de *orden*, estrechamente sometidas a las instituciones de poder; una burguesía servil y pusilánime, adherida a los faldones de los medios dominantes; una intelectualidad obstinada en su papel de coro, asistiendo de precario a todo dispendio de influencia *o de economía*”.

Y se preguntaba si el proletariado cumplía de distinto modo asistiendo a “ese grotesco juego de valores” en que amenazaba disolverse el “escaso espíritu civil de España”. Para Morón, se había llegado a “nuestro problema”²³.

En la lógica de su discurso, Morón se planteaba, con el panorama social ya referido y unas clases medias que no cuestionaban el orden

establecido, “qué órgano formalmente estructurado, de significación compulsiva en el orden de los factores, será el que asuma en estos instantes la responsabilidad de esa ‘única’ voluntad de acción, significada en las clases más humildes de la sociedad española, haciendo contraste con el contumaz inhibicionismo erigido en norma vital de las clases que a sí propias se llaman ‘superiores’”²⁴. Y consideraba que el Partido Socialista no había sabido mantenerse a la altura de las circunstancias, en una conducta que encubría “el propósito extraviado de rehuir la alta responsabilidad de ‘hacer Historia’”.

Morón criticaba la actitud del partido fundado por Pablo Iglesias, aceptando la dictadura como paréntesis, porque consideraba que “el Socialismo podía y debía ser la franca oposición a todo recurso de continuidad; la fuerza enfrentada contra la conjuración de todos los tradicionalismos; la condensación, en suma, del anhelo liberal de un pueblo que necesita levantarse e influir en la determinación de su propio destino”²⁵. El militante pontanés desaprobaba la reacción de sus dirigentes tras el golpe de estado de 1923, un “vago encogimiento de hombros” en lugar de una declaración de principios, en un momento en el que “una masa desencantada y dolorida en sus engaños giró sus ojos hacia el único extremo de orientación que se insinuaba en cualidad de perspectiva esperanzadora: el Partido Socialista”. Y, como colofón del recorrido efectuado, Morón finalizaba la primera parte de su obra defendiendo la rectitud de su propósito, no condicionado por influencias externas, al querer que “el Socialismo se signifique como una fuerte nota de color en el páramo estéril de la civilidad nacional”²⁶.

La segunda parte del libro estaba dividida en cinco capítulos. En ellos, Gabriel Morón centró su análisis en las vicisitudes internas de la organización socialista. Al tener que señalar defectos y errores, el autor reconocía que podía ser la labor más comprometida e ingrata de su obra. En este sentido, uno de los problemas señalados por Morón tenía su origen en el momento en el que el Partido Socialista necesitó hombres que se dedicaran a la dirección, “no obreros de energía, sino modeladores de intención”. Y tuvo que improvisarlos, pero “los hombres honrados, ecuánimes, discretos hasta cuanto se quiera, que constituyen la cabeza responsable del Partido Socialista en estos precisos momentos, carecen de otra no

despreciable virtud, que se llama: justo dominio del acontecimiento, visión certera en el objetivo crítico”. Así, para Morón, una burocracia se incrustó en la organización, con la consiguiente “cortejo de aspiraciones incontentadas y de ambiciones disimuladas”, y “el insuperable contratiempo de no poder separar substancialmente la función directiva, en el efecto de los principios tácticos, de la función burocrática, en el efecto de las normas administrativas”. Como consecuencia de todo ello, las bases se acomodaban a la dirección y ésta le correspondía “eludiendo toda contingencia de vértigo en algún forzamiento vivaz”²⁷.

Otro de los problemas señalados por Morón estaba relacionado con la no aceptación de matices en la organización socialista española, a diferencia de lo que ocurría en otros países. Por eso, proponía como esfuerzo fecundo y útil el que tendiera “entre nosotros a quitar las aristas de esas intransigencias que llamaremos domésticas”, y señalaba como ejemplo negativo lo acontecido en el último Congreso Nacional del PSOE. Para Gabriel Morón, “la verdad de todo cuanto sucedió en este Congreso fue, sencillamente, que no se dejó expresar con toda amplitud –y según correspondía a la trascendencia del caso– el pensamiento de una minoría en funciones de oposición saludable”²⁸. El dirigente cordobés defendía “el repliegue de las huestes burocráticas” a sus verdaderas funciones, y se quejaba de que sus miembros no procedían de la organización política sino de la sindical. Propugnaba, en definitiva, un poco de audacia, frente a la timidez de esos hombres que “se sienten dominados por la intensidad del acontecimiento y, perplejos en la encrucijada de hechos que se superponen y entrecruzan, no se atreven a andar, esperando que algo superior en potencia realista o les arrastre...”²⁹.

En este repaso de las circunstancias que condicionaban el desarrollo de las organizaciones socialistas, Morón también consideraba muy negativa la escisión protagonizada por los comunistas al principio de la década. Pero aclaraba que no era tanto por lo que suponía de división, de fractura, sino por lo que significaban muchos de los afiliados escindidos en el seno del partido. Al perderse el contrapeso de sus “vehementes ideales”, libres de “la fogosa coacción de aquellos elementos que mejor estimulaban a la lucha”, ello había contribuido al triunfo de “una modalidad táctica

excesivamente condescendiente con postulados reformistas”³⁰.

Gabriel Morón terminaba esta sección del libro haciendo referencia al XII Congreso del Partido Socialista, que “supo soslayar con una prodigiosa discreción las situaciones difíciles a que le hubiese llevado el examen de hondos problemas políticos”. Y, para ello, ponía como ejemplo la ponencia de Besteiro sobre un sistema bicameral que recogiera las actividades corporativas de gremio, propuesta que Morón rechazaba porque consideraba que la facultad legislativa no debía “dimanar sino de los principios de conciencia, y lo que el hombre representa en su aspecto social de productor no tendrá que más sino manifestarse en organismos técnicos, estrechamente supeditados a la potestad suprema de aquellos principios”. Para el socialista de Puente Genil, el Congreso no tuvo nada de movido, añadiendo que “en lo retórico, ni siquiera un conato de inquietud para nuevas aportaciones; en lo táctico, la acentuación de los postulados reformistas”³¹.

En la tercera parte de su obra, Morón se planteaba el futuro y se lamentaba de que el Partido Socialista no hiciera nada para preparar la necesaria reacción de la conciencia pública ni para superarse “acrecentando su caudal de energías”. Además, destacaba que el proletariado estaba dividido, haciendo especial referencia al anarquismo, y que el Partido Socialista, aunque podría ser “el aglutinante de todos aquellos anhelos dispersos que en el panorama de la conciencia pugnan por hallar su centro de atracción bajo un propósito general que a nadie puede ser indiferente”, no creía que se pudiera conseguir.

Ante este negativo panorama, Gabriel Morón se formulaba una serie de preguntas sobre lo que debía hacer el Partido Socialista. En las respuestas, lo primero que destacaba era el cambio de procedimiento, “no ser un inexpresivo pelele” que se dejaba arrastrar por las circunstancias y “adoptar el gesto que corresponde a su noble alcurnia de independencia y rebeldía”. También consideraba “nada contraproducente” la retirada de los puestos políticos oficiales que en ese momento se ocupaban y que, a juicio de Morón sólo servían para “levantar contra nosotros tempestades de antipatía y provocar desconfianzas por parte de sectores que han de interesarnos vivamente si pensamos con una amplitud apartada de todo egoísmo de

corporación o clase”. El líder pontanés, asimismo, defendía que la organización obrera no podía encerrarse en un propósito convencionalista de interés de clase y que debía apostar por la defensa de la libertad individual.

Y, aunque partidario de mantenerse en contra de “procedimientos extremos”, en alusión al uso de la violencia en la acción política, Morón también criticaba el “pronunciado matiz conservador” de las campañas de propaganda que llevaban a cabo los socialistas, sobre todo si se hacía por mantener los núcleos organizados. En este sentido, consideraba que

“El gran error socialista de nuestro país consiste en pretender definir la contextura social de éste en aplicación de patrones importados del extranjero. Es sumamente pueril –y dejaría de ser pueril para convertirse en fatal– pretender agitar el cuerpo social de España por los resortes de un interés corporativo, cuando nuestra gran tragedia histórica se ha labrado sin emociones ni practicismos civilistas, tan indispensables a la humanización de esos valores que pretenden ponerse en juego”³².

Frente a las posiciones que sólo se centraban en reivindicaciones de tipo corporativo, en pequeñas conquistas arrancadas a la burguesía, Morón estimaba que lo más importante era “la conquista de la libertad política mediante el inaplazable restablecimiento de las garantías ciudadanas”, sin aceptar nada del régimen dictatorial. En esa táctica, según el dirigente cordobés, el Partido Socialista entraría en contacto con otros sectores de la opinión “que sólo pueden reaccionar al impulso de una fuerza superiormente valorizada”. Así, Morón creía que si el partido girara hacia una posición de “franco tirador” frente a lo establecido, “la conciencia pública reaccionaría, creando un ambiente de densidad ciudadana que la presión del poder no lograría neutralizar”³³.

Antes de terminar el libro, Morón quiso reflejar en un apartado de conclusiones dos aspectos que consideraba fundamentales. El primero se basaba en la necesidad de cambiar las personas que integraban la dirección del partido, hombres para el autor, o bien “demasiado arrinconados por la experiencia y excesivamente doloridos en la impresión de las realidades circundantes”, o demasiado apagados a la sugestión de una ética superior, sin aplicaciones a los casos concretos de circunstancialidad resolutiva”³⁴. Para ello,

consideraba conveniente una diferenciación entre las actividades políticas y las orgánicas, de forma que la dirección táctica fuera desempeñada por militantes que tuvieran significación en la calle y sólo fueran responsables ante los congresos.

La segunda conclusión planteada por Morón era la necesidad de recibir el refuerzo de intelectuales, que han de “tomar una posición clara ante las fuerzas políticas que determinan en el pueblo los más concretos estados de conciencia en ansias de vindicación o de suficiencia potestativa”. En este sentido, se quejaba de la inhibición, la disgregación y la indolencia que apreciaba en el mundo de la intelectualidad ante la situación política y social que vivía España en esos momentos. Por ello, Morón reclamaba a esos “obreros del intelecto” su colaboración con el Partido Socialista, porque en esta organización podría tener el campo más apropiado “ese ejercicio fecundo, de hondas transmutaciones éticas, en el concepto de la más pura exaltación humanista”³⁵.

La obra también incluía dos apéndices para completar los argumentos planteados por su autor. En uno de ellos se reproducían los dictámenes y votos particulares sobre la aceptación de cargos –concejales corporativos y Consejo de Estado- presentados en el XII Congreso del PSOE por las dos tendencias que integraban la ponencia de táctica. En el segundo, Morón se reafirmaba en sus posiciones ante acontecimientos surgidos cuando el libro estaba siendo finalizado y que afectaban a las relaciones de las organizaciones socialistas con el régimen de Primo de Rivera, concluyendo que “parece que no se pretende pasar de que el P.S. sea mucho más que una cosa modesta, ejercicio disciplinado de cotizantes heroicos, sin mayor ambición de prestigio o de influencia en las amplias zonas de la conciencia pública del país”.³⁶

Por último, en un denominado epílogo, Gabriel Morón hacía referencia a unos artículos y declaraciones realizadas en el mes de mayo de 1929 por importantes líderes del socialismo – Besteiro, Saborit, Largo Caballero, Araquistain, Álvarez del Vayo, Indalecio Prieto-, en el sentido de que le habían hecho reflexionar sobre el libro que estaba a punto de publicar y su conveniencia. Pero el crítico dirigente pontanés concluía que se ratificaba en todo lo planteado en las páginas anteriores, aprovechando las últimas líneas de su obra para intentar deshacer

equívocos que se estaban extendiendo sobre los que cuestionaban a la dirección socialista. Así, Morón rechazaba que se les acusara de estar al servicio de “desacreditados elementos políticos” y que se centraran en el abandono de los cargos políticos y representativos en los organismos oficiales como argumento principal. Para Gabriel Morón, ése no era “el nervio de la cuestión”, sino “no resignarse a esta triste condición de *conformistas* en que parece naufragar del todo el ánimo fatalista de nuestro ‘aprendizaje’ ciudadano”³⁷.

3. REACCIONES A LA OBRA

La primera nota de prensa que hemos encontrado referida a la obra de Morón está fechada el 19 de septiembre de 1929 y lleva la firma de Joaquín Pérez Madrigal, en aquellos momentos situado en las posiciones más radicales del republicanismo³⁸. El artículo, publicado en *La Libertad* con una foto de Gabriel Morón, calificaba en sus primeras líneas el trabajo como “un libro que arranca del presente y proyecta hacia mañana una viva luz de esperanza”, y definía a su autor con las siguientes palabras:

“Éste no es un gobernante, ni siquiera un individuo notorio en la política nacional; es el militante de un partido (del único partido, según el Sr. Marañón), a cuya doctrina social consagró muchos afanes heroicos; es el soldado de filas que al volver de una campaña de dieciséis años - ese tiempo hace que se afilió- pide la licencia. Este veterano se batió, cayó herido en diversos asaltos de alternativa fortuna. Y ahora la paz –más una imposición que una conquista– le aflige. El alto mando, sin renunciar al objetivo de sus operaciones históricas, ha dictado una tregua. Y Gabriel Morón, que teme envejecer sesteando, limpia de orín el filo de sus pensamientos y se ejercita en su esgrima frente a los viejos jefes, como diciéndoles: A vosotros os debo mi destreza en el uso de las armas ideales; permitidme que las ame inquietas y ágiles, aunque este amor por ellas me haga indigno del vuestro”.

Además, hacía un pequeño bosquejo biográfico de Morón a partir de las referencias incluidas en la obra de Díaz del Moral, publicada poco tiempo antes, resaltando su labor en Puente Genil y en las comarcas cercanas a favor de las posiciones socialistas. También subrayaba la

importancia de contar con libros que aportaran a la vida política, como era el que analizaba, y por ello entendía que su aparición debía “alborozar a la democracia española, y más si, como en este caso, los aientos objetivos de sus páginas se caldean al fuego de una discrepancia fundamental en cuanto al modo de portear las esencias para que no se evaporen ni se corrompan”³⁹. En sus últimos párrafos, Pérez Madrigal destacaba la elección de Álvaro de Albornoz como prologuista y el texto que firmaba, que comprendía “un vasto, concreto, radical programa político, digno del Gobierno de una gran República moderna”⁴⁰.

Dos días después, en el diario madrileño *La Voz*, también se publicaba una reseña sobre el libro de Morón por parte de Javier Bueno. En primer lugar se situaba a su autor, en el seno del Partido Socialista, en el lado “no conformista, ampliamente político”, porque estimaba que no cumplía su misión histórica y que, además, sacrificaba “hasta la comodidad y el prestigio de su porvenir [...], encerrándose en el ya famoso paréntesis, como una oruga en su capullo para salir mariposa espléndida”, añadiendo que Morón desconfiaba, “justificadamente, de lo que salga de ese capullo”. Más adelante, el artículo enlazaba el libro con las posiciones que su autor había mantenido en el último congreso socialista, en el sentido de propugnar un cambio de táctica por parte de la organización. Asimismo, se resaltaba la opinión de Morón acerca de que el PSOE estaba dominado por hombres de orientación “estrictamente burocrática”, temerosos de perder sus posiciones, y de la alternativa que significaban otros como Indalecio Prieto. Además de elogiar el prólogo de Albornoz, “de fuerza y oportunidad”, la reseña cuestionaba a Morón la excepción que hacía “del socialismo en el desgraciado panorama español de medio siglo”⁴¹.

El Socialista, en cambio, no acogió con agrado la noticia de la publicación del libro escrito por Gabriel Morón. Tras hacer referencia a la reseña elogiosa que había aparecido en *La Libertad*, insertó una columna afirmando que “no conocemos aún ese libro; pero si ha de servir para que se escriban artículos como el del señor Madrigal, no valdrá la pena leerlo”, calificando el título de presuntuoso y añadiendo: “el libro va prologado por Álvaro de Albornoz y está editado en una imprenta comunista. No son, en verdad, estos detalles como para felicitar a un compañero”⁴².

También hemos localizado en la prensa de la época otras referencias sobre el libro de Morón. Así, *El Diluvio*, publicación de tendencia anarquista editada en Barcelona, le dedicó un artículo titulado “La quiebra del socialismo”, en el que, tras definir que Morón pertenecía a la minoría dentro del pablimismo, se afirmaba que era “una de esas conciencias e inteligencias selectas que han querido salvar al Socialismo español de la bancarrota”. Como es fácil suponer, por la orientación ideológica del medio, el autor del artículo aprovechó para atacar y añadir: “Vano intento. El Socialismo llevaba dentro de sí mismo los gérmenes de disolución y de corrupción, y en éstas o en otras circunstancias el resultado habría sido idéntico”. Para *El Diluvio*, “el Socialismo peninsular, diga él lo que quiera”, en referencia a Morón, “no es un partido de clase. Es un partido político y malo, de categoría inferior”, añadiendo que “no es un partido obrero” y que “el obrerismo consciente en España es apolítico”. Finalmente, definía al PSOE como un partido pequeño burgués y mesocrático, “dirigido por chupóteros burocráticos, cuyos intereses y problemas nada tienen que ver con los del proletariado”, y censuraba que “en el estado mayor del Socialismo” no había “más que mediocridades”, calificando a Julián Besteiro como “la lumbre del Comité Nacional, y Besteiro es un catedrático que no ve más allá de sus narices”. Asimismo, se calificaba el libro de Morón como “muy notable por la tesis que en él defiende y las valientes acusaciones que contra santones y vividores de la Socialdemocracia dirige”, añadiendo que salvaba al autor pero no al partido⁴³.

Estos comentarios críticos propiciaron la reacción del órgano de prensa de las organizaciones fundadas por Pablo Iglesias: “Así de redondo. El Partido Socialista no tiene salvación. La salvación está en llamarse anarquista, escribir en republicano y servir a los Sindicatos libres, como hace el autor de ese artículo”. Y, a continuación se preguntaba: “¿Es con estos señores con los que vamos a formar el frente único?” y, en clara alusión a Gabriel Morón, “¿Son estos elogios los que pueden satisfacer a un socialista?”⁴⁴.

Y, aunque no hemos podido localizar el original, sabemos que también apareció una referencia sobre la obra de Morón en *El Noroeste*, un diario editado en Gijón⁴⁵. Se trataba de un

artículo firmado por J. Pastor Williams y, entre otras cosas, se decía:

“Socialista convencido y militante el autor, no ha titubeado un momento en arrostrar las iras de sus correligionarios al expresar lealmente su opinión adversa a la táctica actual del Partido (...). Estima Morón –y con él una gran masa de opinión– que el Partido está dominado por una excesiva y burocrática labor de secretaría, que ha imbuido en sus filas un espíritu rutinario y oficinesco, en tanto que le ha restado aptitudes para la lucha al no ejercerla en un ya demasiado largo lapso de tiempo. Cree también que el Partido está sometido a normas demasiado rígidas e inflexibles, carentes de libertades, recordatorias acaso de la severidad de las reglas monásticas, en que un superior manda y toda la comunidad obedece ciegamente. Y piensa, además, que en el interior de la organización falta emoción civil, aspiración política, conciencia histórica”.

La respuesta en *El Socialista* fue clara, haciendo constar que el colaborador de *El Noroeste* había ido demasiado lejos. Para el periódico dirigido por Saborit, “el libro de Morón no es capaz de provocar iras”, afirmando que en el Partido Socialista no había quien tuviera “derecho a desencadenarlas”, y si Morón opinaba de cierta manera, era “lícito que otros, con el mismo derecho, hagamos frente a ese criterio”. Tras negar lo escrito por Williams, se preguntaba “¿Que Morón dice algo de eso, o lo insinúa en su libro?”, y respondía: “Tal vez. Pero eso lo pudo decir en el Congreso del Partido, donde se le habría respondido”. La nota de prensa concluía que era natural que los adversarios procuraran ahondar las discrepancias puramente formales, advirtiendo que “sería estúpido que los socialistas les hiciésemos el juego”.

En otro artículo, *El Socialista* hacía referencia a unas declaraciones de Jiménez de Asúa y de Gregorio Marañón en las que “reconocen y elogian la posición de nuestro Partido dentro del marco de la política española”; y añadía:

“La verdad se abre paso, y son elementos de los más destacados de la intelectualidad española los que hacen justicia a la convicción, a la honradez, a la táctica con la que el Partido Socialista Obrero Español ha actuado en todo momento. Sin embargo, los deslenguados y los plumíferos al

servicio de los políticos viejos, sin excluir a Morón, seguirán engañando al pueblo español, tergiversando incluso la verdad histórica”⁴⁶.

Antes de terminar el año, apareció en *El Sol* otra recensión del libro de Morón, esta vez firmada por Rodolfo Llopis, pedagogo y político socialista. Llopis retrataba a Morón como un disidente y un “muchacho andaluz [...] forjado en las rudas tareas campesinas y en las organizaciones sindicales provincianas”, resumiendo el perfil biográfico que estaba incluido en la obra. El articulista alicantino definía a Morón como “el caso típico de nuestros autodidactas” y su libro como el medio de transmitir a los demás compañeros sus reflexiones de disidente. No obstante, consideraba que la obra de Morón tenía un defecto inicial: no estaba escrito en un “lenguaje que debe escuchar la masa para comprender rápidamente”, defendiendo que un libro así, de combate, de propaganda, debía ser muy concreto, con pocas ideas pero rotundas, sin complicaciones.

Rodolfo Llopis, tras destacar las ideas principales de su contenido, calificaba de legítimo el sentido de la disidencia en las organizaciones políticas, una “muestra de vitalidad” que no atentaba a la unidad porque no había que confundir ésta con la uniformidad. Se mostraba partidario de la disciplina, aunque “sin ahogar el matiz” porque, “cuando no existe hay que inventarlo” y después “hay que cultivarlo”. Pero también entendía que “al partido no se le puede pedir lo que no puede dar”, y apelaba al regreso a la claridad en sus tácticas. El autor concluía sus opiniones elogiando el prólogo de Albornoz –“lo mejor que ha escrito–, y recomendando la lectura del libro de Morón con gran atención porque “a través de sus páginas palpita un hondo problema que tendrá que actualizarse muchas veces”⁴⁷.

Aunque la polémica no concluyó aquí y el nivel de enfrentamiento de Morón con la dirección de su partido se ahondó más aún en los meses previos a la proclamación de la II República⁴⁸, hemos querido detener nuestro análisis en el momento que finalizaba el año 1929. Posteriormente, ya con el nuevo régimen democrático, Gabriel Morón llegaría a ser alcalde de Puente Genil y diputado en las Cortes Constituyentes, aunque, a partir de 1932, iniciaría un giro hacia posiciones críticas respecto al mantenimiento del Partido Socialista

en el Gobierno de Azaña⁴⁹. Pero esa nueva orientación y el devenir político de Gabriel Morón corresponden a otras etapas de su agitada trayectoria, de las que nos ocuparemos en otro lugar.

NOTAS

¹ Sobre esta etapa histórica, siguen siendo una referencia obligada las obras de BEN-AMI, Shlomo, *La dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930*. Barcelona, Planeta, 1983; y GÓMEZ-NAVARRO, José Luis, *El régimen de Primo de Rivera. Reyes, dictaduras y dictadores*. Madrid, Cátedra, 1991. Más directamente dedicado al socialismo en esos años, *vid.* los trabajos de ANDRÉS-GALLEG, José, *El socialismo durante la Dictadura, 1923-1930*. Madrid, Ediciones Giner, 1977; GUERRERO, Enrique, “El Socialismo en la Dictadura de Primo de Rivera”, *Boletín Informativo del Departamento de Derecho Político*, 1, 1978, pp. 59-85; MORAL SANDOVAL, Enrique, “El Socialismo y la Dictadura de Primo de Rivera”, en Santos JULIÁ (coord.), *El Socialismo en España. Desde la fundación del PSOE hasta 1975*. Madrid, Ed. Fundación Pablo Iglesias, 1986, pp. 191-211; y DE LUIS MARTÍN, Francisco, *La cultura socialista en España, 1923-1930: propósitos y realidad de un proyecto educativo*. Salamanca, CSIC, 1993.

² Estas páginas están redactadas en el ámbito del proyecto de investigación “Gabriel Morón Díaz: trayectoria de un dirigente socialista andaluz (1896-1973)”, financiado por la Fundación Centro de Estudios Andaluces, dependiente de la Consejería de la Presidencia de la Junta de Andalucía, en sus convocatorias anuales (código PRY0132/08).

³ Los asistentes al Congreso del PSOE aprovecharon para visitar el estudio-taller del escultor Emiliiano Barral, encargado de construir el monumento dedicado a Pablo Iglesias en el cementerio civil de Madrid. A esta necrópolis se trasladó la comitiva, con el fin de acercarse a la tumba del fundador del socialismo español y contemplar las obras ya iniciadas del citado monumento. Sabemos que Gabriel Morón formó parte de este numeroso grupo de delegados. *El Socialista*, 30 de junio de 1930, p. 4.

⁴ *El Socialista*, 27 de junio de 1928, p. 4 y 30 de junio de 1928, p. 1. En la comisión de ‘Problema de táctica’ también fueron incluidos los delegados Pascual Tomás (Valencia), Gonzalo Beltrán (Petrel), Enrique de Francisco (Federación Vasco-Navarra), Emilio Martínez (Vigo), Luis Arráez (Elda), Bernardo Aladrén (Zaragoza), Wenceslao Carrillo (Madrid), Rodolfo Llopis (Cuenca), Romualdo R. de Vera (Orihuela), José Ruiz del Toro (Murcia), Ramón Pla y Armengol (Barcelona), Indalecio Prieto (Vizcaya), Teodomiro Menéndez (Asturias) y Moisés Sánchez (Almería). En la ponencia encargada de la ‘Reforma de estatutos’, además de Morón se integraron José Muñoz Mora (Villacarrillo), Domingo Marrón (Carabanchel Bajo), Enrique Botana (Vigo), Narciso Vázquez (Badajoz), Andrés

Gana (Madrid), Juan P. Sánchez Marín (Alicante), Aníbal Sánchez (Sax), Francisco Redondo (Camuñas), Francisco Fontanet (Villanueva del Arzobispo), Antonio Pardo (Chamartín), Cipriano Cantillana (Vicálvaro), Tomás Torres (Pueblonuevo), Felipe García y Mariano Rojo (Juventudes).

⁵ José Andrés-Gallego cita a estos tres dirigentes socialistas como figuras más representativas del sector crítico y se refiere a Morón como “periodista andaluz” y “antiguo bracero”. ANDRÉS-GALLEG, José, *op. cit.*, p. 164.

⁶ Además del citado Pascual Tomás, protestaron por las filtraciones Wenceslao Carrillo, Andrés Saborit, Manuel Llaneza, Sánchez Rivera, Enrique de Francisco y José Ruiz del Toro, exigiendo que se guardara secreto en las deliberaciones y reclamando conocer la identidad del responsable. Las sospechas se dirigieron hacia Teodomiro Menéndez, quien llegó a explicar sus movimientos en el día precedente para defender su inocencia. Indalecio Prieto, en cambio, planteó que consideraba “reaccionaria” la postura de quienes apoyaban que los trabajos de las ponencias debían ser secretos. *XII Congreso del Partido Socialista Obrero Español. 28 de junio al 4 de julio de 1928*. Madrid, Gráfica Socialista, 1929. *Vid.* también los números correspondientes al diario madrileño *El Sol*, publicados en esos días.

⁷ Llaneza llegó a afirmar que Teodomiro Menéndez estaba “exponiendo una opinión completamente particularísima, no de la representación que ostenta; es decir, que en este Congreso se representa él solo”. *Ibid.*, p. 87.

⁸ En ese momento, Andrés Saborit le comentó significativamente: “es que no te conocía bien”, lo cual motivó risas e interrupciones por parte de los asistentes. Morón reaccionó respondiendo: “Yo voy por mi sitio, por donde creo que debo ir. Yo voy a defender mi posición, que creo que no difiere de la conducta del Comité Nacional; lo anticipo para no dar lugar a nuevas interrupciones... ¡A ver si así se me deja hablar!”, añadiendo: “No se impacienten mis queridos amigos Saborit y Carrillo, que no voy por el camino que puedan suponer”. *Ibid.*

⁹ No obstante, Gabriel Morón planteó en su intervención que la cuestión del abandonismo de los cargos oficiales debía abordarse al discutir la ponencia de táctica.

¹⁰ La escueta referencia publicada en la prensa no reflejaba los matices del discurso de Morón, resaltando sólo el apoyo al Comité Nacional. *El Socialista*, 1 de julio de 1928, p. 2.

¹¹ Además de Morón, firmaron este voto particular José Ruiz del Toro, Teodomiro Menéndez, Romualdo R. de Vera y Bernardo Aladrén.

¹² Conocemos estas intervenciones por la Memoria del XII Congreso, ya citada, y, aunque el órgano de expresión del PSOE también hizo referencia al debate, en realidad se publicó un amplio resumen del discurso de Largo Caballero, pero no se hizo la menor alusión a lo planteado por Gabriel Morón. *El Socialista*, 5 de julio de 1928, p. 1.

¹³ Un año después, con motivo de la redacción de su libro, Morón explicaría que había votado la aprobación de la conducta del Comité Nacional, con el objetivo de “impregnar el ambiente del Congreso de un espíritu de tolerancia y comprensión mutuas – en lo que fracasó el intento- y por considerar ‘que una cosa era enfascarse en un debate para volver sobre lo hecho’ y otra cosa debía ser trazar las normas del futuro sobre bases firmes de orientación y espíritu de lucha”. MORÓN DÍAZ, Gabriel, *El Partido Socialista ante la realidad política de España*. Madrid, Ed. Cénit, 1929, p. 180.

¹⁴ Despues de Morón, en el marco de la décima sesión, intervinieron Mora Requejo y José Ruiz del Toro, ambos en contra de la colaboración con la dictadura. En la sesión siguiente, ya por la tarde, participaron en el debate Arráez, Palomino, Sánchez Rivera, Ulibarri, Aníbal Sánchez, Antonio Cañizares, Amador Fernández, Enrique de Francisco –todos a favor de la permanencia en el Consejo de Estado- y Teodomiro Menéndez, claramente en contra.

¹⁵ La más que probable retirada del congreso por parte de Morón, junto a sus posiciones críticas, explican la “desaparición” de su nombre en las crónicas publicadas en *El Socialista*. Así, por ejemplo, ya no figuraba su firma en la propuesta de reforma de estatutos, a pesar de haber formado parte de la ponencia encargada de esta labor. *El Socialista*, 6 de julio de 1928, pp. 1 y 2. En el libro escrito unos meses después, Morón confesó haberse retirado del Congreso con “una gran amargura y una gran desilusión”, narrando que en el desarrollo del mismo “tuvo que sufrir el descaro bravucón e impetinente de un ‘camarada’ en ejercicio probable de perro de presa, convenientemente aleccionado tal vez para asustar ‘las ideas extrañas’ que tuviesen la avilantez de infiltrarse en el salón, perturbando el admirable espectáculo de conformismo”. MORÓN DÍAZ, Gabriel, *El Partido Socialista...*, op. cit., p. 103.

¹⁶ La fecha que aparece al final del prólogo, junio de 1929, y los días en los que se publicaron las primeras reacciones en prensa, septiembre del mismo año, nos ayudan a aproximarnos al momento de la edición. MORÓN DÍAZ, Gabriel, *El Partido Socialista...*, op. cit.

¹⁷ ALBORNOZ, Álvaro de, “Prólogo”, en Gabriel MORÓN DÍAZ, *El Partido Socialista...*, op. cit., p. 7.

¹⁸ En este sentido, Albornoz rechazaba los modelos republicanos establecidos en países como Francia, Suiza, Estados Unidos, Alemania o Rusia, defendiendo un “republicanismo social” y citando a la “revolución agraria y anticlerical de Méjico, en cuyas jornadas vibran magníficamente nuestra historia y nuestro espíritu”, como punto de referencia. *Ibid.*, pp. 8 y 9.

¹⁹ *Ibid.*, p. 21.

²⁰ *Ibid.*, p. 26.

²¹ *Ibid.*, pp. 44-45.

²² *Ibid.*, p. 58.

²³ *Ibid.*, p. 64.

²⁴ *Ibid.*, p. 67.

²⁵ *Ibid.*, p. 75.

²⁶ *Ibid.*, p. 88.

²⁷ *Ibid.*, pp. 96-97.

²⁸ *Ibid.*, p. 102.

²⁹ *Ibid.*, p. 108.

³⁰ *Ibid.*, p. 113.

³¹ *Ibid.*, pp. 118-119.

³² *Ibid.*, p. 145.

³³ *Ibid.*, pp. 159-160.

³⁴ *Ibid.*, pp. 166-167.

³⁵ *Ibid.*, pp. 174-175.

³⁶ *Ibid.*, p. 192.

³⁷ *Ibid.*, p. 202.

³⁸ Aunque, tras la proclamación de la II República formaría parte del grupo de radicales socialistas denominado “los jabalíes”, muy críticos con los gobiernos de Azaña desde una perspectiva de extrema izquierda, más adelante estuvo ligado al PRR de Lerroux y terminó el período republicano en la CEDA. Posteriormente, tras iniciarse la guerra civil, se convirtió en un destacado franquista.

³⁹ En *El Sol* se reproducía, a modo de reclamo para promocionar el libro, este párrafo del artículo de Pérez Madrigal, sin citar el autor aunque sí el periódico donde había sido publicado. *El Sol*, 22 de septiembre de 1929, p. 2.

⁴⁰ PÉREZ MADRIGAL, Joaquín, “Un libro político. ‘El partido socialista ante la realidad política de España’”. *La Libertad*, 19 de septiembre de 1929, p. 4.

⁴¹ BUENO, Javier, “Movimiento literario”. *La Voz* (Madrid), 21 de septiembre de 1921, p. 4.

⁴² *El Socialista*, 4 de octubre de 1929. Por otra parte, por la documentación utilizada por el Tribunal para la Represión de la Masonería y el Comunismo, sabemos que el 15 de octubre de 1929 la Gran Logia Regional del Mediodía dirigió un escrito a la Logia Trafalgar de Algeciras en el que se recomendaba el libro del “hermano” Gabriel Morón. La recomendación incluía la obra de Rodolfo Llopis, también vinculado a la Masonería, escrita junto a Vicente Álvarez Villamil y titulada *Cartas de conspiradores. La revolución de septiembre: de la emigración al poder*. Madrid, Espasa Calpe, 1929. Centro Documental de la Memoria Histórica, Tribunal para la Represión de la Masonería y el Comunismo, Expediente de Gabriel Morón Díaz.

⁴³ Referencias al artículo publicado en *El Diluvio* reproducidas en *El Socialista*, 15 de octubre de 1929, p. 1.

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ *El Noroeste* había sido fundado en 1897 por tres destacados miembros del movimiento republicano asturiano y, años después, se convertiría en el periódico de Melquiades Álvarez y del reformismo en Asturias, hasta su desaparición en 1936.

⁴⁶ “La verdad se abre paso”. *El Socialista*, 22 de noviembre de 1929, p. 1. Otra referencia a Gabriel Morón había tenido lugar en el número publicado el día anterior al tratar, en la sección “De todo un poco”, el problema interno de los anarquistas. Así, tras hacer referencia al popular refrán de “quedarse

como el gallo de Morón: sin plumas y cacareando”, se decía: “dicho sea sin ánimo de aludir a nadie”. *El Socialista*, 21 de noviembre de 1929, p. 1.

⁴⁷ LLOPIS, Rodolfo, “Un disidente”. *El Sol*, 12 de diciembre de 1929, p. 2.

⁴⁸ Morón publicó en febrero de 1930 un folleto en el que respondía puntualmente a todas las críticas recibidas por su libro, especialmente las procedentes de la dirección del Partido. MORÓN, Gabriel, *En justa defensa*. Puente Genil, Imprenta “La Gutenberg”, 1930. Incluso, tanto él como la Agrupación de Puente Genil, fueron advertidos por la Ejecutiva socialista por los textos firmados por el dirigente cordobés y publicados en el periódico que dirigía en su pueblo natal, al considerarlos ofensivos. *Vid.* los acuerdos de la Ejecutiva del PSOE recogidos en *El Socialista*, 11 de octubre de 1930, p. 4.

⁴⁹ Buena parte de sus puntos de vista quedaron expuestos en MORÓN, Gabriel, *La ruta del socialismo en España*. Madrid, Editorial España, 1932.